

Éxodo 12:1-14

Éxodo 12:1-14 Jueves Santo 2008.

Habló Jehová a Moisés y a Aarón en la tierra de Egipto, y les dijo: «Este mes será para vosotros el principal entre los meses; os será el primero de los meses del año. Hablad a toda la congregación de Israel, y decid: “El día diez de este mes tomará cada uno un cordero según las familias de los padres, un cordero por familia. Pero si la familia es demasiado pequeña, que no baste para comer el cordero, entonces él y el vecino más cercano a su casa tomarán uno según el número de las personas; conforme al comer de cada hombre os repartiréis el cordero. El animal será sin defecto, macho de un año; lo tomaréis de las ovejas o de las cabras. Lo guardaréis hasta el día catorce de este mes, y lo inmolará toda la congregación del pueblo de Israel entre las dos tardes. Tomarán de la sangre y la pondrán en los dos postes y en el dintel de las casas en que lo han de comer. Esa noche comerán la carne asada al fuego y panes sin levadura; con hierbas amargas lo comerán. Ninguna cosa comeréis de él cruda ni cocida en agua, sino asada al fuego; comeréis también su cabeza, sus patas y sus entrañas. Ninguna cosa dejaréis de él hasta la mañana; y lo que quede hasta la mañana, lo quemaréis en el fuego. Lo habéis de comer así: ceñidos con un cinto, con vuestros pies calzados y con el bastón en la mano; y lo comeréis apresuradamente. Es la Pascua de Jehová. Pues yo pasaré aquella noche por la tierra de Egipto y heriré a todo primogénito en la tierra de Egipto, así de los hombres como de las bestias, y ejecutaré mis juicios en todos los dioses de Egipto. Yo, Jehová. »La sangre os será por señal en las casas donde vosotros estéis; veré la sangre y pasaré de largo ante vosotros, y no habrá entre vosotros plaga de mortandad cuando hiera la tierra de Egipto. Este día os será memorable, y lo celebraréis como fiesta solemne para Jehová durante vuestras generaciones; por estatuto perpetuo lo celebraréis. Éxo 12:1-14

En el día en que celebramos la institución de algo tan característico del Nuevo Testamento como la Santa Cena, puede parecer más que extraño escoger la institución de una fiesta del Antiguo Testamento para el texto del sermón. Para justificarme en eso, sólo quiero recordarles de por qué el Señor Jesús y sus discípulos estaban en el aposento de una casa, con pan y vino en la mesa, cuando Jesús primero celebró la Santa Cena con sus discípulos. “Llegó el día de los panes sin levadura, en el cual era necesario sacrificar el cordero de la Pascua. Y Jesús envió a Pedro y a Juan, diciendo: Id, preparadnos la Pascua para que la comamos. Ellos le dijeron: ¿dónde quieres que la preparemos? Él les dijo: he aquí, al entrar en la ciudad os saldrá al encuentro un hombre que lleva un cántaro de agua; seguidle hasta la casa

donde entrare, y decid al padre de familia de esa casa: El maestro te dice: ¿dónde está el aposento donde he de comer la Pascua con mis discípulos? Entonces él os mostrará un gran aposento alto ya dispuesto; preparad allí. Fueron, pues, y hallaron como les había dicho; y prepararon la Pascua. Cuando era la hora, se sentó a la mesa, y con él sus apóstoles. Y les dijo: ¡cuánto he deseado comer con vosotros esta Pascua antes que padezca. Porque os digo que no la comeré más hasta que se cumpla en el reino de Dios.” Fue después de eso que Cristo tomó pan y vino para bendecirlos y distribuirlos a sus discípulos en una forma nueva.

Es evidente, entonces, que la Santa Cena mira atrás a la Pascua judía, que el contexto de su iniciación fue esa celebración de la Pascua, que los mismos elementos terrenales que usamos en este sacramento eran los que quedaban de esa comida sacrificial judía.

Lo que queremos ver esta tarde son los datos que mejor enfocan nuestra atención en el tesoro que tenemos en lo que podríamos llamar la Pascua del Nuevo Testamento, la Santa Cena del Señor.

Lo que Cristo estaba celebrando con sus discípulos miraba atrás a los sucesos de nuestro texto. Después de un largo sufrir a las manos de los egipcios, había llegado el tiempo para que los hijos de Israel fueran salvos de esa servidumbre y liberados de su opresión. En la noche del día catorce del mes, Dios enviaría su última plaga sobre el faraón rebelde y su pueblo. Pero Dios no iba a matar a ninguno de los hijos de Israel. Sin embargo, no iban a escapar nada más porque sí. Dios prescribió un sacrificio y comida ritual para celebrar en la noche de su escape, para ser repetido todos los años para recordar los hechos de aquella noche.

Tenían que escoger un cordero sin defecto, degollarlo, comerlo después de ser asado entero. No podían quebrar ni un hueso de su cuerpo. Lo debían comer con pan sin levadura y hierbas amargas. Tomarían de la sangre del cordero y la pintarían sobre los postes y los dinteles de la casa. “Y la sangre os será por señal en las casas donde vosotros estéis; y veré la sangre y pasaré de vosotros, y no habrá en vosotros plaga de mortandad cuando hiera la tierra de Egipto.”

Y, si cada vez que los judíos celebraban la fiesta de la Pascua miraron atrás a su salvación de la esclavitud en Egipto, hubo también en esta celebración mucho que anticipaba el futuro. El cordero sin defecto claramente prefigura a Cristo, el Cordero de Dios. En las palabras de San Pedro: “Fuisteis rescatados de vuestra vana manera de vivir, la cual recibisteis de vuestros

padres, no con cosas corruptibles, como oro o plata, sino con la sangre preciosa de Cristo, como de un cordero sin mancha y sin contaminación.” Del cordero pascual mandó Dios: “No quebrareis hueso suyo.” Dice en el Evangelio de Juan que los soldados a quienes mandaron quebrar las piernas de los crucificados, lo hicieron en el caso de los dos malhechores. “Mas cu

ando llegaron a Jesús, como le vieron ya muerto, no le quebraron las piernas... Estas cosas sucedieron para que se cumpliese la Escritura: No será quebrado hueso suyo.” La sangre de los corderos fue puesta sobre los dinteles y postes de la casa, para que Dios pasara de ellos y no los hiriera con los de Egipto. Nosotros mismos somos “rociados con la sangre de Jesucristo”, la cual nos limpia de todo pecado, y causa que toda la ira y al castigo de Dios pase también de nosotros.

Fue esta fiesta, entonces, que no sólo miraba atrás a los días de Moisés y la salida de los hijos de Israel de Egipto, sino también adelante al verdadero Cordero pascual que pondría su sangre por los pecados del mundo, la que Jesús celebraba con sus discípulos. Al día siguiente llegaría el cumplimiento de tantos siglos de esperanza, de preparación. Cristo mismo moriría. Su sangre sería derramada. Él cargaría los pecados del mundo.

Fue totalmente apropiado, entonces, que las cosas viejas pasaran, y en su lugar viniera algo nuevo. Así que, después de celebrar la antigua Pascua, Cristo instituyó para sus discípulos y la iglesia la nueva Pascua de su Santo Sacramento, la Santa Cena.

Quiero describir brevemente el ritual de la comida pascual en tiempo de Jesús. Después de matar y preparar el cordero, se pondría la mesa. La comida empezó con la primera copa de vino, acompañada por dos bendiciones, una por la comida y otra por la copa. Luego comieron hierbas amargas y pan sin levadura untado con los dedos con una salsa. Trajeron el cordero, y explicaron el simbolismo y significado del rito. Luego cantaron la primera parte del Hallel, la gran alabanza de los salmos 113 y 114 que empiezan con la palabra aleluya, y se tomaba la segunda copa. Comieron el cordero entero con hierbas y pan sin levadura. Tomaron la tercera copa de vino, dando gracias a Dios por la comida, y terminaron con la cuarta copa de vino cantando lo demás del Hallel, los Salmos 115 al 118.

Fue probablemente cuando comieron el cordero que Jesús tomó el pan sin levadura e hizo algo completamente inesperado. “Y mientras comían, tomó Jesús el pan, y bendijo y dio a sus discípulos, y dijo: Tomad, comed; esto es mi cuerpo”. Más tarde, probablemente cuando distribuyó la última copa de vino,

les dijo: “Bebé de ella, todos; porque esto es mi sangre del nuevo pacto, que por muchos es derramada para remisión de los pecados”. Fue después de esto que cantaron el himno (los salmos 115-118) y salieron al Monte de los olivos.

La antigua comida se había transformado en algo completamente nuevo. Antes el cordero tenía el lugar central en la celebración. Ahora Jesús ni siquiera menciona la continuación de esta costumbre, y el lugar central se da al pan y al vino. ¿Hay una explicación por todo eso? Yo creo que sí. El sacrificio del cordero tenía que continuar solamente hasta que llegara a su cumplimiento. Al día siguiente el Cordero de Dios sería sacrificado en la gran Pascua de Dios, donde Cristo tenía que derramar su sangre para que Dios pudiera pasar de nosotros y no castigarnos por nuestros pecados. El viejo pacto fue ya anulado. En su lugar estaría el nuevo pacto, en que su pueblo comería el cuerpo y la sangre de la verdadera víctima pascual. En esta bendita comida su iglesia, los redimidos, mirarían hacia atrás para recordar que su Salvador había entregado su vida por sus pecados en la cruz del Calvario. “Haced esto en memoria de mí”. Pero hay más, realmente recibirían el mismo cuerpo y la misma sangre que fue dado y derramada en la santa cruz. Y en vez de pintar sangre sobre los dinteles y postes de sus casas, recibirían en su propio cuerpo su sangre, la sangre que fue derramada para el perdón de los pecados. Y cada individuo que lo recibe, recibe este precioso don de Cristo para que pueda creer y confiar, que tan ciertamente que come pan y bebe vino, Cristo me da en esta comida su cuerpo y su sangre, y si me da su cuerpo y su sangre, no es con otro propósito sino para perdonarme a mí todos mis pecados de esta manera. Por la fe que es restaurada y fortalecida en este Sacramento, la sangre de Jesús está pintada sobre los postes y dinteles de nuestro corazón, y en la gran Pascua final, cuando Dios venga para juzgar el mundo, los que hemos sido alimentados en esta bendita comida, en la que confiamos en que su cuerpo y sangre son un regalo individual a cada uno de nosotros, los que confiamos que en su cuerpo y sangre encontramos perdón, también escaparemos. Dios pasará de nosotros en el juicio, y nos invitará a su gran fiesta de salvación en el cielo.

Hay mucho más que se podría decir. Pero si ustedes desean esta bendita comida del nuevo pacto, si ustedes desean el perdón que Cristo ofrece con su cuerpo y sangre, ya hemos logrado nuestro propósito. Vengan, entonces. Todas las cosas están listas. La mesa ya está preparada para ustedes. Su anfitrión es el Señor Jesús mismo. La comida es su propio cuerpo y sangre. El nutrimento es el perdón de todos sus pecados. Vengan, humildes y arrepentidos pecadores. Vengan, para gozar de la comida del perdón. Vengan en anticipación de los goces eternos del cielo. Amén.